

René Roquet: el hombre sin pertenencia

La pertenencia por un recuerdo

ROBERTO BRAVO

En una época en que el valor del trabajo no tiene un precio justo en el territorio nativo, los hombres tienen que buscar en otros países y en el trabajo informal y al margen de la ley, su sustento; muy a tono con los aires de globalización creados en una efímera e irracional lógica comercial, que ha sustentado los brotes de xenofobia en los países económicamente atractivos para los emigrantes, quienes sufren, no sólo el desprecio, sino la violencia de los ciudadanos de esos territorios que sienten amenazada su forma de vida. Las fronteras se refuerzan, las medidas de control, reducen la existencia de los afectados, a estadios de vida similares a los de una prisión. Sin embargo, nadie está convencido de la eficacia de estos métodos, que pierden efectividad al poco tiempo de ser instituidos, creando con el paso del tiempo, una crisis postergada que hace pensar en un desenlace de consideraciones holocausticas. Esta sería una de las razones apremiantes por la que no debemos fincar nuestro bienestar, sin afianzar el de los demás, porque finalmente no somos más que una sola familia. Las palabras, amor, paz, responsabilidad social, madurez, generosidad, son huecas, si no las pensamos en relación a los otros; considerando su ruina, como nuestra ruina también.

El ser humano es ese hombre sin pertenencia para el que las fronteras no existen, y se realiza cuando hace feliz a otro hombre. El creador de arte, es un ejemplo de este humanismo que ofrece luz y belleza a través de su obra.

Los diez cuentos de *El hombre sin pertenencia* de René Roquet, son una muestra de arte literario, y sus personajes un ejemplo de esos seres humanos de los que hablamos al inicio, actúan y piensan como lo hacen las personas de nuestro tiempo, muestran al hombre contemporáneo inmerso en su realidad, pero no determinado por ella. Un ser libre que es responsable de sus decisiones, y que se asume con plenitud en su búsqueda, llámese ésta, vicio, huída, estudio, fraternidad, placer, Dios, amor.

“Nuestra pequeña salvaje” es un cuento narrado por un adicto que regresa a su país con su hija después de no haberla hecho en Brasil; una pequeña que necesita todos los cuidados. Conforme avanza la historia, la niña retoma el relato y da cuenta de cómo el verdadero amor construye una existencia tranquila, donde la vida toma su cauce. “La Moneda” es un bello cuento que debería estar en todas las antologías para estudiantes de primaria y de secundaria, con toda una enseñanza de lo que significa el estudio; el sueño plantea al personaje, un niño huérfano, la necesidad de una vida llena de comodidades y amor, que se corresponde con una reali-



Ana Gloria Álvarez

dad, aunque pobre, plena de cariño. En “Vera se levantó temprano”, la autodestrucción o auto extinción se plantea como una necesidad para toparse con los límites de la existencia. Los personajes están tan bien contruidos que en una historia, donde muchos escritores patinan, en este cuento, uno la admite sin reserva. En “El vacío y el todo”, los adolescentes huecos, como la oquedad de una botella vacía tirada en un “reve”, llegan a su meta, cuando estallan de dolor o de placer, da lo mismo; heredero de la literatura de “la Onda”, este cuento la asimila y la actualiza. El mejor cuento de la colección es “El machete no pudo cortar la roca”, su estructura y su propuesta, da como resultado un cuento bellísimo: su lectura provoca toda una corriente de interrogaciones. ¿Cuándo empieza una persona a ser un hombre? ¿Cuando asume la responsabilidad de sus actos? En un conflicto cuando los hermanos se vuelven enemigos ¿Qué se tiene que hacer si a los dos asiste la razón? ¿Hacerse a un lado, porque no descansarán hasta que uno de los dos resulte eliminado? Ronda el espíritu pre-

hispanico en este cuento, al plantear la ruptura de una unidad, donde los contrarios convivían como todas las fuerzas que habitan el mundo. El final queda abierto, igual que la opresión que circunda al personaje, el miedo que le hace posponer su decisión. En “Marcela”, el objeto amoroso es descubierto en la fragilidad de una alcohólica que desborda la ternura de su compañero de parrandas. “Donde no se vean ni las luces”, es un texto triste para quien vivió el espejismo que representó a mi generación, las “luchas de liberación”. La realidad para el personaje es una herencia destrozada, donde la inmadurez en uno y otro campo político, aflora por todas partes, y forjan la paranoia de este joven tronado, que decide irse con un “toque”, pensando que al partir, puede alejarse de esa vida, sin darse cuenta que a donde vaya, llevará consigo su desolación. En “Puente de papel”, una pareja de exiliados españoles republicanos, llega a nuestro país, después, sin que esto sea un eufemismo, de abandonarlo todo en Barcelona; en su huída, llegan a Veracruz, el puerto de nuestro país que les parece como

el premio de la lotería. “Las noches del desierto eran espinas de cactus”, cierra el volumen; un cuento demasiado fuerte, donde la culpa, como un ser maligno y concupiscente, se muestra a quien la sufre.

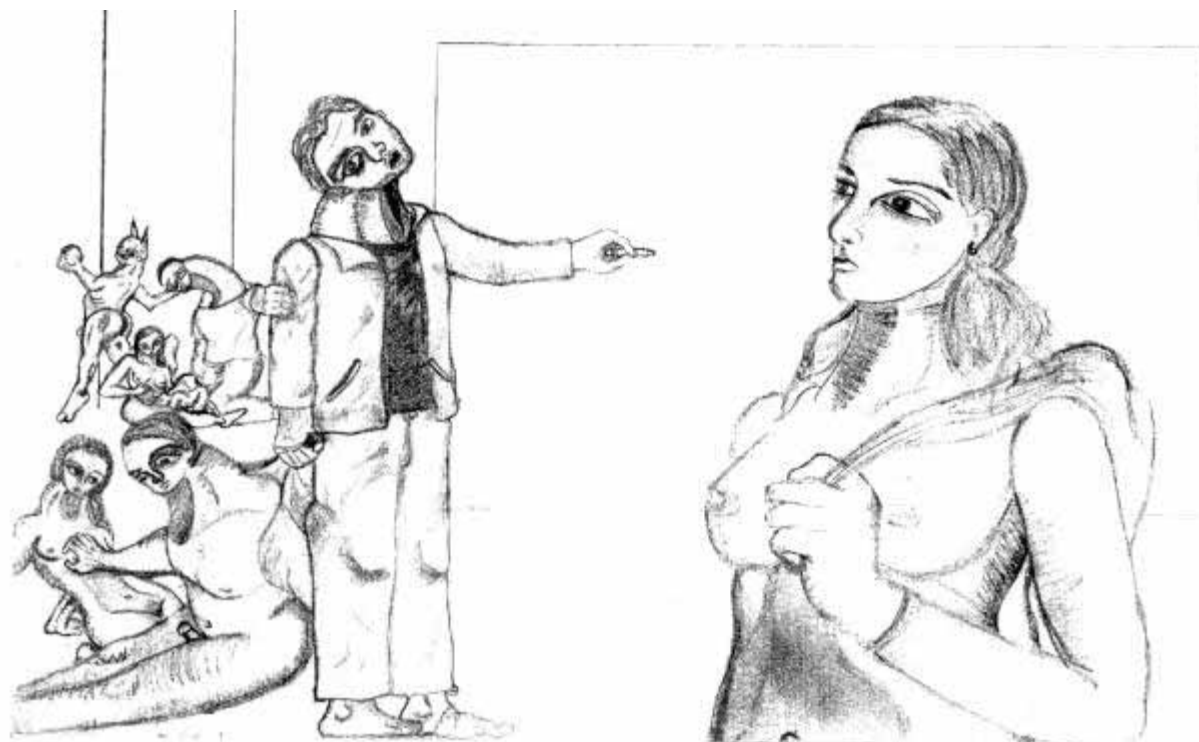
Todos los cuentos fueron escritos en un lenguaje que va más allá de lo descriptivo, y lleva a la realidad de los personajes, a un estadio donde se manifiestan las fuerzas internas que los mueven y alcanza, por momentos, el nivel poético, sin que esto signifique perder la eficacia que da al discurso su uso directo: “Hola. Mi nombre es Nina. Mis padres me pusieron ese nombre porque eran admiradores de Nina Hagen. Manolo, mi papá, también me decía su pequeña salvaje. Ya no, pues dejé de ser pequeña. Crecí. Salvaje si sigo siendo. Creo que eso no se me va a quitar. Ahora soy la señorita salvaje. Mi cuerpo y mi personalidad están hechos.” Los personajes, aunque sensibles a su realidad, se mueven con un espíritu que es el determinante en sus decisiones; a pesar de las circunstancias, imponen su voluntad y es ella una

lógica de conducta inusual, con la que se mueven en la existencia, y esto no los convierte en personajes extraños, sino congruentes consigo, son niños, jóvenes, adultos, ancianos, todos ellos trágicos, en el sentido que Miguel de Unamuno dio a esta palabra.

Los espacios narrativos son variados, ciudades de otros continentes, la sierra mixe, el río, la ciudad de México, el desierto.

A la literatura en México, en estos momentos, y con ello quiero decir, a los escritores contemporáneos mexicanos, hay que buscarlos en editoriales como FICTICIA, que, haciendo a un lado prejuicios, han hechos posible un proyecto, en el que la escritura elevada al rango de arte, es el objetivo, y del que El hombre sin pertenencia de René Roquet, es emblema. Un libro a la altura de un lector exigente y que también satisfará el gusto de cualquier lector. ■

Roquet, René, El hombre sin pertenencia, Osborne/FICTICIA, Biblioteca de Cuento “Anís del Mono”, México, 2005, 100pp.



M. Tarbados